

manta, no salió Teles; y como no saliera, siendo su diligencia conocida, se alarmó D. Valentín, y sin querer pasar del patinillo tornó á anunciarse con dos palmadas de visita impaciente. Cerradas las dos piezas que daban al patio, sala y alcoba respectivamente, en el nombre nada más, y sin otro menaje que los clavos de las paredes, parecía la casuca vacía ó abandonada guarida, de modo que las palmas del amo resonaron como estampidos, apareciendo en el fondo, alimaña que se asoma y explora cautelosa, una cabeza gris, muy arrugadita, que no era la de Teles. Chispearon los ojillos de la que espiaba, y salió de seguida á recibir á D. Valentín una viejecilla harapienta, con trazas de mendiga y cara de bruja, que arremetió á él solícita.

—¿Y Teles?—preguntó D. Valentín, escamado.

—La señora Teles está enferma, gravemente enferma—contestó la vieja;—yo soy ña Nacleta, vecina del *alquilinato* de al

lado, para servir á usted. Vengo por caridad á asistirle, porque á un cristiano no se le ha de dejar morir como un perro.

—¡Jesús!—exclamó D. Valentín,—es lo que me faltaba. ¿Está realmente tan enferma? ¿de qué? ¿desde cuándo?

—Pues... cosa de dos semanas. Verá usted.

Dijo ña Nacleta que hacía cosa de dos semanas, sentadas ambas á la puerta tomando el fresco, se quejó la señora Teles de un dolor en la espalda, nada, algo así como un pinchazo de alfiler, y dolor fué que no pudieron con él ni friegas ni unturas. ¿Médico, remedios, caldos, enfermera? Dios los dé. La señora Teles no tenía un centavo cuando cayó en cama y no quería molestar á nadie, menos, mucho menos molestar al señor. Iba dejándose morir, más de necesidad que de su mal, y gracias que ella, ña Nacleta, aunque bastante falta hacía en su casa por la media docena de nietos que había á su cuidado, unos barrabases, la acompañaba de noche, y durante el día unos

ratos perdidos, compartiendo con ella su puchero...

Mientras hablaba la viejecilla, atomándose iba el huésped del *Manchester*, con escozor y desasosiego indefinibles.

—¡Vaya con la Teles!—dijo, entre confuso y preocupado,—el demonio de la Teles... No será tanto, ña Nacleta. Usted exagera. De todos modos, el no llamar al médico ha sido gran disparate. Teles es muy terca, muy terca... Voy á verla.

Dejaron en el mismo patio los enseres de viaje, y allá, en el fondo, que una parra, de combadas, rugosas y negras piernas, sombreaba misteriosamente, entraron por la puerta cercana á la cocina en una pieza donde no se distinguía más que un camastro y una silla; sobre la silla, una botella echorreada de sebo, á guisa de candelero, y un tazón sin platillo, vacío; sobre el camastro, la Teles, consumida, flaca, sin más vida que la llamita de luz que iluminaba sus ojos. Apenas pudo reconocerla D. Valentín, y se echó atrás ante el espectáculo de aquel

cuero devorado por la miseria y el pesar.

—Teles, ¿qué te pasa, hija mía?—dijo, manteniéndose en el umbral.

—Nada, señor—respondió una voz débil desde el camastro, tan débil, que á D. Valentín figurósele que hablaba con un ánima del otro mundo;—nada. Ya estoy mejor. Pronto, pronto me levantaré. Y el señor, ¿ha llegado bien?

—Bien, hija, muy bien. Me alegro que te sientas mejor. Si supieras cómo traigo la ropa... Mi *smoking*, especialmente, con un rasgón de medio palmo, que da ganas de llorar... Bueno, ya hablaremos de esto. Ahora, á ponerte buena, ¿eh? Se llamará al médico por precaución, sólo por precaución. Entretanto, aquí tienes estos dos pesos para lo más urgente... Ya sabe usted, ña Nacleta, para lo más urgente.

—Muchas gracias, señor—susurró Teles.

Y entró D. Valentín en el cuarto, disimulando la repugnancia, y sobre la silla extendió los dos billetes de un peso, con mayor cuidado y ceremonia que si apilara una

docena de relucientes esterlinas; apartóse luego de prisa, porque su olfato, hecho á otros aromas, no podía sufrir el ambiente del tugurio, y emocionado por la obra de misericordia que acababa de realizar, salió perseguido, cual fuego fatuo, por la llamita vivaz del camastro. Es decir, no salió, pues no había llegado á la puerta y ya retrocedía, empujado por una idea repentina: ¿para qué darla dos pesos, si uno parecía suficiente? en cama la infeliz, la era imposible evitar que la vieja Nacleta, pensando mal, guardara para sí de aquella suma lo que gustase. ¿Sabía él, acaso, quién era la Nacleta? ¿y venía tan sobrado de pesos, que la sisa de la Nacleta no afectara el equilibrio de su bolsa?

—Mira, Teles — dijo, aproximando su mano á la chorreada botella, — hay bastante con un peso... Sí, sí, hay bastante. Con menos se pone un puchero. Después, veremos. Ea, ahí queda uno... y hasta luego.

Apagóse la llamita un instante, porque los párpados impidieron piadosamente que

viera Teles la acción del amo, aquella mano que recogía arrepentida una limosna, y cuando brilló de nuevo ya no estaban allí el amo ni la vieja...

La vieja y el amo hablaban quedo bajo la parra, instrucciones dadas y recibidas de acuerdo con las circunstancias. Cumplidos estos deberes, pasó D. Valentín á su habitación á llenar otro no menos importante: el de asearse y examinar las arrugas del terno que había de ponerse para salir; y hallándose en esta tarea, la más concienzuda de su vida cotidiana, otra idea, otras ideas relacionadas con la enfermedad de Teles se le ocurrieron. La primera, que parecía humanitario, imprescindible, de sentido común, llevar á Teles al hospital, caso que la enfermedad fuera realmente grave y se prolongara; en el hospital estaría mejor atendida, ¿qué duda cabe?, que en la casa y á cargo de la Nacleta. Ya lo creo. Y como él la recomendaría al señor director y no faltaría practicante amigo que por ella mirara... ¡Vaya, que lo que es en el hospital iba á pa-

sarlo muy ricamente la pobrecilla! Sanaría pronto... y si no sanaba... pues lo mismo: se la enterraría decorosamente; en casa, ¿quién se ocuparía de ello? ¿la Nacleta? él, no; ¡ah! él, no; en cosas de funeraria perdía toda entereza; devoto, de la vida, temblaba pusilánime ante la muerte.

También no era flojo trastorno el que le traía Teles; ¡maldita sea!... si la daba la gana de morir, ¿quién le cuidaría de la casa y de la ropa, sobre todo de la ropa? ¿quién se la lavaría, se la plancharía, se la zurciría como Teles? sin las manos de Teles, ¿cómo iba á arreglárselas?

El aire de la calle despejó de pensamientos negros su cabeza, aunque no ahuyentara del todo aquel que en el patio, ante las noticias de Nacleta, le confundió y puso color de grana. Pero no era mi señor Casuso hombre á quien pudiese amilanar otra idea que la de la falta de monises, y así aquel día de otoño, ventoso y con cariz de lluvia, paseó donde mejor luciera su persona y mostrara el sello auténtico de las brisas de

Marplatina; almorzó en el círculo de *El Sable y el Florete*, un almuerzo opíparo que nada tenía que envidiar á los del *Manchester*, compartido, por cierto, con el cronistilla pariente de las Asnabales, y á quien don Valentín solía dar alpiste para que contara á sus lectores si fué ó volvió y dejó de hacer, noticias que visten mucho y dan credencial de aristocracia; estuvo en Palermo con dos amigos, y como de la generosidad de Rómulo aún quedaran relieves, comió en el mismo círculo y perdió luego á la veintiuna hasta el último peso, el de Teles.

No se acordó de Teles en todas estas andanzas D. Valentín. ¿Para qué mentir? no se acordó ni un momento; y cuando entre las dos y las tres de la madrugada se vió camino de su casa, le sorprendió el recuerdo de la escena de la mañana, y su conciencia le dió los tironcitos de oreja que solía... ¿De veras? ¿estaba tan mala la pobre? ¿y de qué? de hambre, de miseria, de abandono, de olvido, de ingratitud. ¡Si no la ha-

bía enviado un centavo de Marplatina! ¡si no contestó sus cartas suplicantes! ¿Podía vivirse del aire? ¿era justo, era humanitario siquiera, lo que con la infeliz hacía?

—¡Ah, Casuso egoísta! ¡ah, Casuso indecente! ¡ah, Casuso, más duro que la piedra y más malo que el veneno! que así los que te festejan te conocieran por dentro, ni te reirían tus gracias ni aplaudirían tu guitarra. Para música, los sollozos de Teles, de la engañada, la sacrificada, la asesinada. Y lo peor, Casuso, lo peor es que llegas á contemplar tu obra, y en vez de abrirsete las fuentes del alma y lavar con una lágrima tus culpas, te abroquelas en tu egoísmo feroz, te cierras á toda compasión, á todo remordimiento, y la pagas con un peso el sacrificio de su vida. Mas, no contento con esto, la abandonas de nuevo y te marchas, te paseas, comes como un buitre, juegas como el más grande vicioso que eres, y te gastas el último centavo en satisfacer tus pasiones. ¡Ah, Casuso! si no mereces la horca, ¿qué es lo que mereces?

—¡Eso, la horea!—contestó en alta voz D. Valentín.

Y lo que le ocurría siempre que estas jocosas interpelaciones mentales le dirigía su conciencia, se enterneció, como la noche de la borrachera á orillas del mar, y murmuraba:

—¡Teles, mi pobre Teles!

A horas tan impropias y por calles semejantes (que no he de nombrar tampoco, porque sería señalar una pista), ya podía desahogar D. Valentín su profunda pena, y según confesión suya, en un momento psicológico análogo al de Marplatina, la desahogó llorando todo el camino y repitiendo con golpes de pecho:

—¡Teles, mi pobre Teles!

La ternura que le dominaba le aconsejó poner por obra aquel mismo día la idea de llevarla al hospital, horrorizado de pensar en la abandonada, sin otros cuidados que los torpes de la vieja Nacleta, que así entendería de cuidar enfermos como de bailar rigodones. ¡Y poco que la iba él á recomen-

dar al señor director, y con qué mimo y cuánta precaución la conduciría él mismo, sí señor, para que no dijeran!

Estaba la madrugada desapacible y sintió frío D. Valentín. Alzó el cuello de la americana, suspirando ante el recuerdo del prometido gabán y de cuyo cariño no llegaría á gozar, y anduvo más de prisa, con ansiedad, con temor indefinibles. Guardaba su llavín, y no necesitó llamar á la puerta de su casa; abrió rápidamente, entró... La claridad del cuarto de Teles dibujaba en negro sobre la pared del fondo y los ladrillos del patio las hojas de la parra, monstruosas sabandijas que al favor de la noche hubieran salido de sus madrigueras; el reverbero estaba apagado, y en el silencio un ronquido, un lamento, no sé qué doloroso sonido clavó los pies de D. Valentín en el zaguán. Al mismo tiempo, otro más claro se oyó, *chas, chas*, y la encorvada sombra de ña Nacleta salió de la luz, y vino, *chas, chas*, al encuentro del que acababa de entrar.

—Señor—dijo muy bajito al amo aterrado,

do,—se muere, se está muriendo... no llegará al día.

Quiso contestar D. Valentín, pero su lengua no se movió. Tampoco su cuerpo. Sólo su corazón, agitadísimo, daba cada porrazo cual si fuera á partirle el pecho. En la sombra, ña Nacleta gimió tristemente, y gimiendo repuso:

—Vino el médico, sí, señor.

Pero el médico dijo que nada tenía que hacer, que se le había llamado tarde y no viviría dos horas. Mandó que se la diera agua con azúcar, y para aliviarla los ahogos, aquel ronquido espantoso, un potingue que hubo que ir por él á la botica, el cual potingue costaba dos pesos y medio y no fué posible traer, porque del peso que dió el señor se gastaron cincuenta centavos en poner un puchero, y de cincuenta centavos no se sacan dos pesos y medio con toda la voluntad del mundo. Entonces, ¡ay! en vez del remedio y del agua azucarada, propia únicamente para niños de pecho, la hizo tomar caldo ña Nacleta, unas cuchara-

ditas, ¡ay, señor!, de las que derramaba la mitad lastimosamente. Entonces, ¡ay! temerosa de que se la quedara entre las manos como un pajarito, fué y trajo un sacerdote... ¡Ay! maravillaba verla en sus cinco sentidos y cómo confesó y comulgó con un fervor que ni una santa del cielo. A él subiría muy pronto la señora Teles, seguramente, y así nos otorgara Dios á todos un tránsito como el suyo.

Apoyóse en la pared D. Valentín, completamente trastornado. En el chisporroteo de pensamientos que al choque del relato y de los ayes de ña Nacleta, como leño en ignición que se golpea, saltaron confusos en su mente, uno brilló más que los otros, imponiéndose á la voluntad: el de huir, el de esconderse donde no escuchara el lamento de la moribunda y no fuese testigo de aquello tan horrible que á pocos pasos sucedía. Fácil era escapar á la calle; pero como el perseguido que, en su aturdimiento, cae en la trampa que trata de burlar y se entrega él mismo, apartó á la vieja, y sin de-

cir palabra se coló en la habitación del patio que sería su alcoba cuando los muebles redimidos volvieran de la casa de préstamos á decorarla, cerró maderas y todo, y luego de encender el gas, sentóse tembloroso en la silla cuya soledad acompañaba otra congénere desperdigada. Allí no oiría nada; en aquella silla, lecho suyo eventual hasta que el azar quisiera, esperaría al nuevo sol, que á todos visita, tristes y alegres, malos y buenos, y del trance angustioso había de sacarle; cerradas puertas y maderas, ojos y oídos, no se enteraría de nada, no vería nada, no sabría nada.

¡Estéril porfía! el *chas, chas* de la Nacleta primero, luego el estertor de la Teles, llenando la casa con inflexiones de queja, de amenaza, de protesta, de dolor, cual si todas las mujeres engañadas y explotadas del mundo pidieran justicia por su boca, le arrancaron de la silla y le llevaron á la que debía de ser sala, una pieza sobre la calle donde no había en qué sentarse, y fuerza era, de no estar de pie, echarse en el des-

nudo entablado; paseó D. Valentín, pugnando siempre con la realidad, por no oír, por no ver, por no saber que Teles se moría. ¿Dónde podría esconderse? cien codos bajo la tierra y con cien codos de tierra encima, aún escucharía el lamento de Teles, porque Teles se moría de la muerte que él la daba.

Lloró D. Valentín, y tuvo el consuelo de no oír el quejido fúnebre, que ahogaban sus propios sollozos, mientras duró la crisis lacrimosa. Pero, afuera, en el patio, se destacaba nuevamente el *chas, chas*, de ña Naclea, y pegada al cristal de la puerta exterior su sombra, suplicó:

—¡Señor, venga usted! ¡se muere, señor! ¡venga usted!

¡Ir! ¡verla! estremeciéndose D. Valentín y dió diente con diente. No podría, se caería redondo. ¿Para qué había de ir? ¿acaso estaba en su mano salvarla, devolverla la salud, deshacer lo mal hecho, enmendar la falta de tantos años, de tanto tiempo, que el corazón se encogía sólo de pensarlo? Mas, también, ¿si ella quería hablarle? ¿si deseara

despedirse la pobrecilla? en lo alto del caldoso, en la hora suprema, ¿no abraza la víctima á su verdugo, y no pide perdón el verdugo á su víctima?

¡Perdón! esta palabra divina provocó otra crisis en D. Valentín, más larga, más honda, con intermitencias de sollozos desgarradores; y vencido al fin, baja la cabeza, el pañuelo comprimiendo sobre la boca el flujo de amargura, fué detrás de ña Naclea, espiado por las estrellas que, en brillante tropel, aguardaban el carro de la aurora, y dejó que le introdujera donde su voluntad, aún en el umbral, forcejeaba, prisionero cargado de esposas, por escapar y librarse de prueba tamaña.

Era maravilla el resplandor que en el cuarto de Teles lucía, claridad sobrenatural y extraña que de la mísera vela de sebo, ensartada en la botella, parecía imposible se desprendiera y lo alumbrase todo con reflejos de gloria: la desnudez franciscana del cuarto; el mezquino jergón vacío, del que la asfixia agónica había arrojado á la

enferma, postrándola en una silla próxima; la figura cerosa y afilada, cual de viejo marfil, de la moribunda, con los agrisados pelos revueltos sobre la frente entre las perlas del sudor, corona de Nazareno, y las manos blanquísimas, vestigios de la hermosura perdida y ejecutoria de una estirpe que no debió ser servil, caídas sobre la colcha de cotonada ordinaria... Dió dos pasos D. Valentín, se le aflojaron las piernas, una fuerza irresistible pesó sobre sus hombros y le hizo doblar las rodillas á los pies de su criada. La llamita vivaz, que aún alentaba en los ojos de Teles, se animó fugazmente ante la aparición del señor, que así venía á rendirle homenaje en aquel momento solemne, y el estertor, que de sus resecos y entreabiertos labios salía, ya no tuvo inflexiones de protesta, de reproche, de amenaza ó de venganza, campanada siniestra que marca la hora del castigo, sino de tristeza infinita, de añoranzas dulces, revolotear de suspiros amorosos, eco de otros muy lejanos, muy lejanos, que ahogaron el tiempo y el hastío.

D. Valentín, de hinojos, lloraba. Lloraba, y, henchida de remordimientos el alma, quería hablar y decirla á aquella mujer, que se moría de la muerte que él la daba, cuánto sufría él también y qué dura expiación, en la esterilidad de su egoísmo, le aguardaba sobre la tierra; pero no hallaba sonido ni forma, y sólo con sollozos, coreados en un rincón por *ña* Nacleta, mostraba su pesar hondísimo y sin consuelo. Arrastróse entonces, buscó ávidamente la mano de Teles, y sobre ella puso los labios... La mano se estremeció, quizá inconsciente, y la llamita de los ojos agitóse un segundo, aire impetuoso que aviva y extingue la luz que flamea.

— Teles, mi pobre Teles—lloró D. Valentín.

Se había levantado y se inclinaba hacia ella para que viera, si aún ver podía, las señales patentes de su arrepentimiento sincero. Y súbitamente, allá, en el fondo donde la llamita ardía, pasó una sombra de terror: era aquél el hombre, *el hombre*, de

quien había vivido y por quien moría; y como la otra, como la Sotita rebelde, como la ahogada de Marplatina, sumergiósese Teles en la eternidad, apagándose sus ojos, que quedaron fijos en D. Valentín.

D. Valentín oyó, creyó oír que Teles se despedía con estas palabras:

—¡Quede usted con Dios, señor!

FIN

